

El placer femenino es sagrado e intocable

Stefania Ferrando
Université polytechnique Hauts-de-France
ferrandostefania@gmail.com

Sobre el libro de María-Milagros Rivera Garretas, *El placer femenino es clitorico*. Madrid y Verona, Edición independiente, 2020; 204 pp; Colección *A mano*, 2. ISBN 978-84-09-24637-3.

Verdad

Querría empezar con unas palabras de la autora del libro. Las saco del segundo capítulo, que está dedicado a *La violencia hermenéutica o clitoridectomía simbólica*. Es un capítulo sobre la universidad, una universidad que se define *Alma mater* y usurpa ese nombre, *mater*, en el momento mismo en el que rechaza y envilece la lengua materna en la que las verdades y los placeres de las mujeres son decibles. Prohíbe a la madre y usa su nombre: este es el fraude de la universidad y de la fingida igualdad en el conocimiento. María-Milagros Rivera Garretas habla de ello también en los términos de un “error de epistemología”, pero la palabra *fraude* es, en mi opinión, la adecuada, porque dice la verdad de prácticas dirigidas a perjudicar mediante el engaño; señala la astucia desleal con la que la buena fe es sorprendida. En la página 60, hablando de la universidad, la autora escribe:

“La alumna cree que va a encontrar ahí algo que le pertenezca, que la convoque, que la interpele, que le dé placer, que conecte ontológicamente con ella, y no encuentra nada. Pero el lugar era el adecuado, no hay otro. Todo le dice que crea lo que no es, lo que íntimamente siente y sabe que no es. Así, ella, la alumna, se queda sin existencia simbólica. Escatimar existencia simbólica es una violencia tan grande o más que la violencia social, y no tiene respuesta, no sirve la redistribución.”

No hay redistribución alguna en lo simbólico porque, si se pierden las palabras para decirse y para decir la realidad, se desaparece, se corta la raíz última de la libertad y del placer.

La lectura de este libro ha sido la experiencia luminosa del encuentro de una verdad. Página tras página, he pensado que tenía en las manos uno de los libros más verdaderos que había tenido ocasión de leer.

Es verdadero de una verdad rotunda y en movimiento, como la espiral, no una verdad que procede en línea recta, dando codazos, chocando e inevitablemente tropezando.

Son palabras que, con esta verdad, dicen una violencia que desgarrar y hiere a una mujer en lo íntimo y en el ser, en el placer de alma y de cuerpo de ser una mujer cuando se habla, escribe, piensa, estudia. Son palabras verdaderas que nombran este desgarrar en lo que es: una violencia – y el término no está usado con ligereza.

Pero son palabras verdaderas, y rotundas, porque nombrando esa violencia le dan un sentido y abren a algo otro. Algo otro que viene antes, que es placer y que es también la historia de un placer en la genealogía femenina.

Es un placer que trama las palabras del libro, en el movimiento en el que hace acaecer y en el que te transporta, en el descubrimiento y redescubrimiento de una realidad que está ahí, delante de los ojos, pero no es vista, como las numerosas conchas y rosas de las fachadas de los edificios.

Por eso, en el libro no hay solo que entender sino, a la vez, que sentir y ser. Un placer que se roza y se toca.

El placer y el descubrimiento de mi lectura se han entrelazado con las palabras de Barbara Verzini, las palabras de su libro *La Madre en la Mar*.¹ Y las palabras, también estas en espiral, encarnadas e intercambiadas entre nosotras. Hay una escritura femenina, de la que el libro habla y que encarna. Hay también una lectura femenina, preciosa para encontrar el movimiento entre sí, el texto y el mundo.

Querría compartir algunas reflexiones nacidas leyendo el segundo capítulo, del que procede el párrafo que he citado. Son pensamientos recogidos en torno a tres palabras: fraude, violencia (violencia hermenéutica) y placer.

Fraude

Fraude es el engaño con el que se burla la buena fe, las expectativas, la disposición amorosa de alguien: la alumna cree que en la universidad encontrará algo que cuenta y vale para ella, para sus preguntas y para el saber que está buscando, y no encuentra nada. Pero el lugar era ese: así se lo han dicho todos, así se lo dice la institución misma. Un doble tirón, un error de epistemología, un fraude que raja la realidad y te hiere con sus pedazos. Raja la realidad porque todo te lleva a creer lo que no es, lo que sabes y sientes que no es.

Para mí, en los primeros tiempos en la universidad, esta experiencia se tradujo muchas veces en el sentimiento de lo imposible, una incredulidad profunda: no es posible que la universidad sea esto. Y también: no es posible que no sea este el lugar en el que se aprende a conocer y a crear un saber que tenga sentido para quien se encuentra con él. Lo que vivía era imposible, irreal ¡porque tenía que ser aquel el lugar adecuado! Es precisamente una cuestión de realidad, del entramado que liga y potencia la realidad y el placer, de modo que al deshacerse uno se deshace también la otra. Físicamente andaba con los ojos bajos, mirándome los pies, para cerciorarme de que al menos ellos tocaban todavía algo firme...

Para estar en ese lugar, estar en su juego, acomodarse a esa realidad sucedánea de la que sientes que no es lo que promete, aceptas fingir, te engañas sobre el placer, “te

¹ Barbara Verzini, *La Madre en la Mar. El enigma de Tiamat*, trad., de María-Milagros Rivera Garretas, Verona y Madrid, Edición independiente, 2021. Colección *A mano*, 3.

equivocas de orgasmo”, fraude supremo. A veces una es muy buena haciendo lo que no debería.

Y a veces quien descartaba ese juego fraudulento, para seguir otros caminos de pensamiento y de búsqueda, me resultaba -es terrible recordarlo- una perdedora. Sin decirme lo que estaba perdiendo yo, qué era lo que aceptaba sentir que era borrado de mi voz, de la de mi madre, de la de quien seguía otros caminos para estudiar con más verdad. Se pagan precios muy caros por esta ceguera: el saber se vuelve árido, el alma y la palabra enferman. Sobre la correspondencia entre el placer del alma y el del cuerpo, cuando la palabra huye es el cuerpo quien dice.

Violencia

Lo que sucede en esta negación de sentido y placer, es violencia. La palabra *violencia* es usada por la autora con todo su peso y su realidad:

“Violencia que afecta a lo más propio de la criatura humana, que es la vida del alma, el hablar, el sentir, la lengua materna, la existencia simbólica. A la universidad, una chica, un chico, venía a aprender a formular su propia pregunta, la pregunta sobre su vida, la pregunta sobre su ser, y la chica se encontraba con que a ella se la obligaba a creer, sencillamente dándolo por supuesto a fuerza de repetición, que las enseñanzas que valían para que él se formulara su pregunta, tenían que valer también para ella. Y se sentía violada, penetrada por un falo que no había solicitado” (p. 55).

Se abren muchas preguntas.

Para mí, una de las primeras es cómo recuperar la confianza en las palabras, en mis palabras, porque es ahí donde eres violada, es ahí donde te violentas, es ahí donde se rompe, o parece que se rompa, el hilo de tu placer femenino y el vínculo con quien te lo ha transmitido. Es, ha sido, durante mucho tiempo, difícil escribir: las palabras huyen de esa violencia, se sustraen a esa penetración.

Se dio un primer desplazamiento cuando empecé a dar clase.

Barbara Verzini me da con su libro, *La Madre en la Mar*, las palabras para decir lo que sucedió: conocí y vi la grandeza de mujeres más jóvenes y de sus preguntas. Como una llamada, una interpelación profunda: no las puedes engañar, hacerte cómplice del fraude y hacerlas caer en su red. Hay una resistencia de las entrañas.

María-Milagros Rivera Garretas escribe que en las primeras décadas del siglo XXI hemos traído al mundo el final del patriarcado y que esto muchas mujeres jóvenes lo sienten, dándose cuenta de la “pesadilla fálica universitaria” más que las profesoras. Yo veo a muchas mujeres que se marchan de la universidad, dan un portazo, o ni entran siquiera; y otras que se dejan invadir por sus escisiones, por las ideologías que aniquilan el pensamiento y convierten las palabras en armas para destruir a quien sigue otros caminos y pensamientos, perdiendo todo placer propio.

La violencia hermenéutica es “el fraude de la igualdad llevado al conocimiento. Es separarle a una mujer de su placer propio presentándole el placer masculino como placer universal: el placer de aprender, de entender, de crear, de escribir, de inventar, de interpretar y recrear libremente, como mujer, lo real” (p. 56-57).

Placer

Pero puede suceder que en un determinado momento ese fraude del placer resulte visible e intolerable. Y se redescubre así el punto en el que se siente esta verdad: “el placer femenino es sagrado e intocable... cuando se coloniza se generan contradicciones en las verdades superiores de la cultura, un error de epistemología que causa un enorme sufrimiento humano” (p. 39).

Es un placer del cuerpo y del alma que es sagrado e intocable y no hay que confundir ni sustituir con placeres masculinos o patriarcales, aprendiendo a reconocer las encrucijadas en las que se juega el placer de escribir, de crear, de pensar, de ser.

Poner en el centro el placer, sin subordinarlo siquiera a la libertad; pues ¿qué libertad es, sin placer? ¿Qué libertad es si una está triste y deprimida?

Son estas las preguntas que me han pegado a la silla y me han transportado más allá de la violencia. Devuelven a la encrucijada en la que otros caminos son posibles, donde se puede volver a sentir la propia Era, reencontrar la piedrecilla que orienta a otro camino donde pensar, escribir, aprender y enseñar con placer.

Pues ¿dónde hería, en realidad, la violencia? No en los “contenidos” en cuanto tales: al menos en apariencia, he podido escribir siempre de todo. Sino en el placer, en el placer de hacerlo y, por tanto, en el modo de hacerlo, en el no reducir a objeto la autora que estudiaba, pensando, en cambio, con ella. Placer propio, no sucedáneo, no de segunda mano.

Es un hilo a seguir para recuperar el propio centro de potencia, energía, placer y realidad. Porque “una mujer desplazada de su centro, de su placer, está en cuanto tal eternamente sometida en su cuerpo y en su espíritu” (p. 37).

Trabajar el centro, como estoy haciendo en este momento con la bailarina-coreógrafa Cosetta Graffione, en un proyecto llamado *Dancing philosophy*, significa cambiar los movimientos y la organización del peso, empezar a sentir partes del cuerpo que estaban bloqueadas, arrastradas por un centro sucedáneo. Significa también aprender a sentir ese punto de equilibrio, de alma y de cuerpo, desde donde empiezan a presentarse palabras distintas y con sonido de nuevo rotundo para decir el mundo y lo que sucede.

(Traducción del italiano de María-Milagros Rivera Garretas)